

memoria no leída previamente ante la comision. Dióles él su palabra de que su intencion era leérsela antes de la sesion y retirarla si así lo solicitaban; y dicho esto, continuó escribiendo hasta las cinco, hora en que supo eclipsarse. La comision lo aguardó durante toda la mañana del 9 thermidor, pero Saint-Just no compareció y en su lugar se presentó al mediodía un criado, portador de una carta suya que solo contenia estas palabras: «La injusticia ha cerrado mi corazon: lo abriré por entero ante la Convencion nacional.» Esta fué la causa de que la comision llegara á la Convencion cuando Saint-Just comenzaba á hacer uso de la palabra. Al entrar en el salon fué saludada con una salva de aplausos como no la habia oido nadie mas que Robespierre. Durante la noche anterior todo habia cambiado. Presidia Collot d'Herbois: su vida ó su muerte dependian de que supiera fal-



Tallien.—De un grabado de Duterre

tar todo lo posible al primer deber de un presidente, que es dejar hablar á los individuos de la Asamblea y ampararles en el uso de la palabra.

Saint-Just habia leído ya los tres párrafos que servian de introduccion á su memoria (1) y se preparaba á entrar en materia con las palabras: «Me honro con la confianza de las dos comisiones, pero ayer mi corazon se sintió destrozado y solo á vosotros quiero hablaros,» cuando Tallien le interrumpió bruscamente. En seguida, y antes de que pudiera formular una sola acusacion, Billaud, Barrere, y por último el mismo Collot, que dejó la presidencia á Thuriot, lanzaron sobre él una serie de contra acusaciones, mientras la Asamblea rivalizaba con el presidente en la tarea de no dejar que ni él ni Robespierre, ni Lebas, pudiesen hacer uso de la palabra. Apenas hubo terminado Tallien su corto discurso para «una cuestion de orden» con las palabras: «Pido que se rasgue por completo el velo,» cuando subió á la tribuna Billaud-Varennes para pintar con apasionadas frases á la Convencion el peligro de muerte que la amenazaba si no se levantaba y procedia como un solo hombre. Los primeros párrafos de su peroracion produjeron escenas dramáticas. «Ayer, dijo, el club de los jacobinos estaba lleno de hombres pagados, ninguno de los cuales era miembro de aquel club. En él se anunció ayer el propósito de inmolar á la Convencion (*Muestras de terror*); ayer ví allí personas que vomitaban públicamente las mas espantosas infamias contra los que nunca se han apartado del sendero de la Revolucion. En la Montaña

(1) El texto íntegro se encuentra en la *Hist. parl.*, XXXIV, págs. 6-20; en ella hay tambien el acta de la sesion, que puede ser comparada con la relacion de Héricault, pág. 403.

veo sentado á uno de los que amenazaron á los representantes del pueblo: es... (*¡Prendedle, prendedle! El individuo aludido es arrojado del salon en medio de estrepitosos aplausos.*) Ha llegado el momento de decir la verdad... Me admira ver á Saint-Just en la tribuna despues de lo que ha ocurrido. Habia prometido á las dos comisiones leerles su discurso antes de leerlo á la Convencion y retirarlo si les parecia peligroso. La Asamblea juzgará la situacion si tiene en cuenta que se encuentra entre dos peligros de muerte (*égorgements*). La Convencion sucumbirá si se muestra débil.» «¡No, no!» exclamaron todos los miembros de la Asamblea, levantándose de sus asientos y agitando los sombreros. Los espectadores contestaron con aplausos y gritos de: «¡Viva la Convencion! ¡Viva la comision de Salvacion pública!» Esta escena demostraba ya que toda la Asamblea formaba á la sazón un cuerpo y que el partido de Robespierre nada tenia que esperar de ella. Lebas pidió la palabra, y habiéndosele manifestado que Billaud estaba en el uso de ella, insistió en su pretension y movió un alboroto. Delmas, entonces, dijo: «Pido que Lebas sea llamado al órden.» El llamamiento al órden fué decretado, y viendo que Lebas no queria en manera alguna calmarse, desde todos los ámbitos del salon se gritó: «¡Que obedezca el decreto ó que sea conducido á la Abadía!»

Billaud continuó su discurso, lanzando una multitud de acusaciones directamente contra Robespierre, el cual, como presidente de los jacobinos, habia repetido públicamente el dia anterior que su propósito era arrojar de la Convencion á todos los «impuros,» mientras que él mismo, cuando Billaud en otra sesion habia dirigido su primer ataque contra Danton, habia dicho en tono colérico que Billaud queria perder á los buenos patriotas. «Se quiere aniquilar, dijo Billaud, se quiere mutilar la Convencion, y este proyecto ha sido tan seriamente concebido que se ha rodeado de una verdadera red de espías á los diputados sobre los cuales se trata de descargar el golpe. Es indigno hablar de justicia y de virtud cuando se opone resistencia á una y otra, y cuando solo se siente indignacion al verse rechazado ó combatido.»

Al oír estas palabras, lanzóse Robespierre á la tribuna. «¡Abajo el tirano!» clamaron varias voces. El presidente, que en vista de tal agresion no quiso concederle la palabra y se la concedió, en cambio, á Tallien, cometió una arbitrariedad patente y la Asamblea que apoyó su conducta dió á comprender cuán resuelta estaba á condenar á muerte á Robespierre y á sus amigos. «¡El hombre que está en la tribuna es un nuevo Catilina!» exclamó Tallien y propuso que fueran presos sus sicarios. Billaud-Varennes pronunció los nombres de Dumas, Boulanger y Dufraisse, cuya prision fué en el acto decretada, como tambien la de Henriot y de sus ayudantes.

Una y otra vez gritaba Robespierre: «¡Pido la palabra!» pero siempre le contestaban: «¡Abajo el tirano!» La Convencion acordó conceder la palabra no á él, que convulsivo se mantenia en la tribuna y apostrofaba violentamente á la presidencia, sino á Barrere. Despues de este habló Vadier y luego por tercera vez Tallien. Robespierre intentó entonces un último esfuerzo desesperado para obtener la palabra; y cuando su voz se vió nuevamente sofocada por los gritos de la Asamblea y por los campanillazos de la presidencia, dirigió una mirada á la Montaña, donde gesticulaban como locos muchos de sus antiguos amigos leales. Algunos volvieron la cabeza á otro lado; otros sostuvieron serenos su mirada; la mayoría se mantuvo en su actitud ofensiva. Entonces, dirigiéndose á la Llanura, exclamó: «A vosotros, hombres puros, me dirijo, no á los ladrones callejeros.» (*Violentas interrup-*

ciones.) «Por última vez, presidente de asesinos, te pido la palabra.»

En aquel momento, Collot d'Herbois cedió la presidencia al dantonista Thuriot, el cual dijo con tono imperativo á Robespierre: «¡No hay palabra!» Y dicho esto, tocó con todas sus fuerzas la campanilla, mientras la Asamblea se entregaba á la mas espantosa gritería. Robespierre distinguió de entre aquel tumulto la voz de Garnier que le decia: «¡La sangre de Danton te ahoga!» y contestó: «¿De modo que quereis vengar á Danton? Infames, ¿por qué no le defendisteis?» Su voz se iba extinguendo y con ella su esperanza cuando de repente á aquel atronador tumulto sucedió un silencio siniestro y en seguida un aplauso que resonó por todo el edi-

ficio. Louchet habia dicho: «Propongo que se decrete la prision de Robespierre.» Los aplausos que, primero aislados y luego cada vez con mayor estrépito, acogieron estas palabras parecian rugidos del mar.

«Mi proposicion está apoyada, dijo Louchet, á votar la prision.» «¡A votar, á votar!» gritó la Asamblea. La prision de Robespierre habia sido aprobada, cuando su hermano menor Agustin dijo: «Soy tan culpable como mi hermano, participo de sus virtudes y quiero participar de su suerte: pido, pues, que tambien se decrete contra mí la prision.» Igual peticion hizo Lebas, mientras Saint-Just y Couthon presenciaban silenciosos aquel tumulto, en medio del cual se decretaba y llevaba á cabo su prision. La desgracia por

Du 9 thermidor, l'an 2 de la République Française.
ÉTAT-MAJOR-GÉNÉRAL.

*Commissaire Dapote a obtenu les
procurateurs de la ville de Paris et les
membres de la maison commune
de Paris la despiendo foy que
recommande a mes freres d'armes le
ordre de generer Paris*

Facsimile de una órden de Henriot

entonces no fué muy grande: Robespierre no fué admitido en las prisiones del Luxemburgo, y los otros cuatro, á poco de haber llegado á la cárcel á que habian sido destinados, fueron puestos en libertad por los delegados del Consejo municipal. Los cinco se reunieron en seguida en las Casas Consistoriales, donde esperaron tranquilos que las cosas cambiaran en su favor, cambio que parecia seguro en las primeras horas de la tarde del 9 thermidor.

La causa de Robespierre necesitaba tan solo que un hombre de accion reuniera los elementos preparados en su favor, con lo cual no ya su salvacion sino su brillante triunfo estaba asegurado.

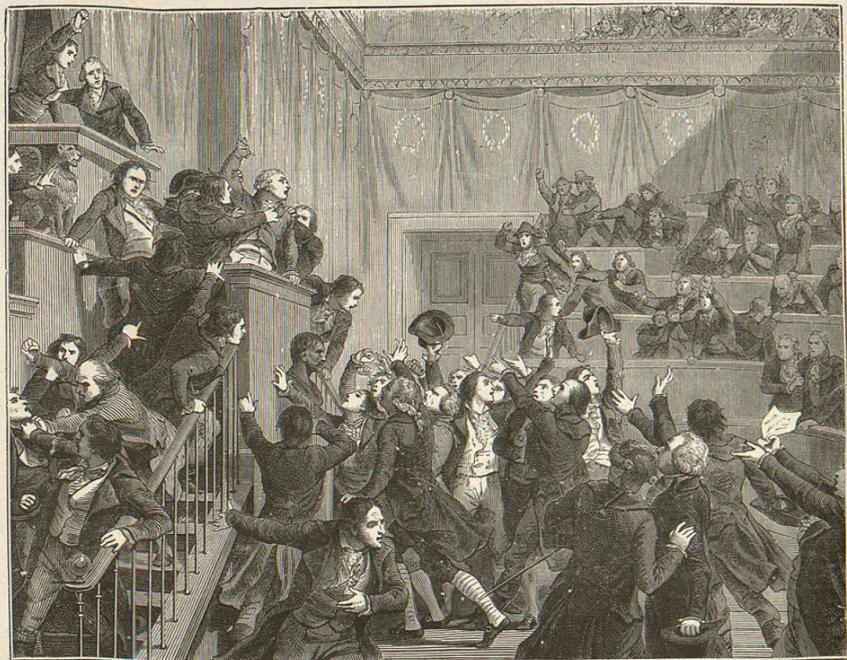
En las Casas Consistoriales, como en el club de los jacobinos, no habia mas que un partido, el de Robespierre. A él pertenecian en cuerpo y alma el alcalde Lescot-Fleuriot y todo el Consejo general del municipio, que á las cinco y media se reunió y dió las órdenes necesarias para que formaran delante de las Casas Consistoriales los batallones de las secciones que mas confianza inspiraban, con todas las piezas de artillería de que pudieran echar mano (1). A él pertenecia tambien Henriot, que tenia el mando supremo de la guardia nacional y de las tropas de la 17.^a division militar, y que con el sable desenvainado y el rostro encendido por los vapores

del vino recorrió durante todo el dia las calles, jurando y maldiciendo. Este hombre, por regla general sobrio, habia querido animarse bebiendo, con lo cual habia perdido el resto de razon y de conocimiento que tenia. Arrestado por los gendarmes de la comision de Seguridad, á las ocho y media fué puesto en libertad por una seccion de artilleros que Coffinhal habia sacado de la plaza de Grève. Aquel era el momento de realizar un hecho salvador: trescientos artilleros con doce cañones y algunos gendarmes estaban dispuestos. La Convencion, despues de haber suspendido al mediodía por dos horas la sesion, habia vuelto á reanudarla, y nada mas fácil para Henriot que apoderarse de toda la Asamblea y prender á sus individuos; pero no tuvo la audacia que para ello se necesitaba. En vez de esto, se presentó un rato en el patio de las Tullerías, se regocijó al ver la precipitacion con que, á su vista, huyó la comision de Salvacion pública y refirió al populacho que se encontraba delante del pabellon del Reloj que no habia sido preso, que habia departido tranquilamente con las comisiones y que en el seno de estas se le habia vilmente calumniado. Esto agradó tanto á aquella gente que los guardias nacionales que habian acudido para defender á la Convencion cambiaron repentinamente de parecer y le siguieron alegremente hasta la plaza de Grève (2), donde entretanto se habian reunido todas las fuerzas armadas de la municipalidad.

(1) Véase el acta de la sesion extraordinaria en la *Hist. parl.*, XXXIV, pág. 41.

(2) D'Héricault, págs. 445-446.

Inmediatamente dirigióse con Coffinhal á las oficinas de policía de la Alcaldía para llevarse consigo y conducir á las Casas Consistoriales á Robespierre, el cual le siguió de mala gana, porque se encontraba en ellas rodeado de buenos amigos. A las once llegaron á las Casas Consistoriales, en donde se les reunieron el hermano de Robespierre, Lebas, Saint-Just y últimamente, á la una, Couthon. Este, al salir de la cárcel, había encontrado en su casa una carta de Saint-Just y de Robespierre, en la cual le decían: «Couthon: Todos los patriotas están proscritos: el pueblo está sublevado: sería hacerle traición si no vinieras á las Casas Consistoriales donde estamos nosotros.» El retardo de Couthon era debido á la misma causa que la resistencia en un principio opuesta por



El 9 thermidor en la Convencion

Robespierre á las exhortaciones para que saliera de la Alcaldía. Como prisioneros de la Convencion, no tenían que temer mas que un proceso incoado ante el tribunal revolucionario, donde indudablemente habian de ser absueltos por sus amigos, como en otro tiempo lo habia sido Marat. En cambio, si quebrantaban el arresto que les habia impuesto la Convencion, esta les declararía fuera de la ley y podría por lo mismo dárselos muerte sin formacion alguna de proceso. Precisamente esto, es decir la proscripción, fué lo que decretó la Convencion al saber que Henriot se habia escapado y presentado en las Tullerías y al tener noticia de que Robespierre se encontraba en las Casas Consistoriales. Cual si necesitara reponerse del terror que su propio va-

(1) D'Hericault dice en la pág. 469: «Esta interrupcion de la sesion en el momento en que las corporaciones enemigas se declaraban en sesion permanente era sin duda una grave falta. Pero como dice Barrere, repitiendo palabras del cardenal de Retz, los franceses de cierta categoría no saben alterar sus horas, es decir sacrificar, á menos de una necesidad absoluta, sus costumbres y las horas de sus comidas y de sus placeres.»

lor habia llegado á producirle, la Convencion suspendió á las cinco sus tareas (1); cuando á las siete volvió á reanudarse la sesion, reinaba en Paris inusitado movimiento: en las calles resonaba el toque de generala; las campanas de las torres tocaban á rebato; el partido de Robespierre hacia sus preparativos, y la Convencion y las comisiones no eran las que menos se aprestaban para la lucha. Dos horas mas perdió la Convencion en inútiles discursos, hasta que á las nueve Collot d'Herbois ocupó el sillón presidencial. Como muestra de tristeza por la crisis que la patria estaba atravesando, púsose el sombrero del modo teatral que le era peculiar y dijo con voz grave: «Ciudadanos, ha llegado el momento de mostrar nuestra energía. Henriot ha sido libertado por un grupo de criminales armados, que se han apoderado

(2) D'Hericault, pág. 473.

(3) D'Hericault, pág. 474.

de las comisiones de Seguridad y de Salvacion pública. Henriot se acerca con sus cañones á la puerta de este salon (2).» Entonces la Asamblea exclamó: «¡Henriot nos sitia! Declarémosle fuera de la ley.» Así se acordó en el acto. Bouldand dijo: «Henriot no es el único que ha burlado el decreto de prision: Robespierre y los demás se encuentran en igual caso; pido que tambien estos sean declarados fuera de la ley.» La proscripción fué, pues, asimismo decretada contra Robespierre y sus amigos que se encontraban en las Casas Consistoriales. Hecho esto, eligióse á Barras como jefe del ejército convencional que habia de formarse y se delegó, para que se atrajeran la voluntad de las secciones, á doce individuos, de los cuales los mas conocidos eran Freron, los dos Bourdon, Delmas y Legendre (3). Estos doce comisarios, provistos de sus escarapelas, sables y antorchas, recorrieron las calles, hablando con los que estaban armados y con los que no llevaban armas; notificando á todos el decreto de proscripción lanzado contra los rebeldes de las Casas Consisto-

riales y contra sus cómplices, y haciendo circular una proclama de Barrere en la cual se acusaba á Robespierre de agente de los realistas. Con esto lograron que en poco tiempo se realizara un cambio radical. La poblacion del centro de la ciudad, á la que tenían aterrada desde hacia años la guardia nacional, el Consejo municipal y las secciones, y que hasta entonces no habia confiado en ninguna de las disputas que se promovian en el campo de sus adversarios, cobró ánimo entonces por vez primera, y empuñando las armas marchó en pos de los comisarios de la Convencion. Una lluvia torrencial (1) dispersó los grupos que se habian reunido en la plaza de Grève: los artilleros, apenas oyeron que Henriot y todos los que estaban en las Casas Consistoriales

habian sido declarados proscritos, hicieron girar los cañones y se pusieron á las órdenes de los comisarios de la Convencion. Todo parecia indicar que ni uno ni otro bando esperaban el ataque decisivo (2) antes del dia siguiente, cuando un accidente extraordinario resolvió la cuestion. Eran las dos ó las tres de la madrugada: Robespierre estaba sentado con los suyos en un gabinete de las Casas Consistoriales, al lado del salon en que celebraba sesion el Consejo general, y despues de haber escrito un llamamiento al ejército, se preparó á firmar, con la comision ejecutiva recientemente creada, una proclama dirigida á la seccion de las picas, que decia así:

«Animo, patriotas de la seccion de las picas, la libertad



El 9 thermidor en las Casas Consistoriales

triunfa: ya están libres aquellos que por su energía se habian hecho temibles á los traidores. El pueblo se muestra en todas partes digno de su carácter. El punto de reunion es las Casas Consistoriales, desde donde Henriot hará cumplir las órdenes de la comision ejecutiva que se ha constituido para salvar la patria.» Debajo del escrito que Barras encontró en el salon (3), figuraban las siguientes firmas:

Legrand. Lerebours.
Louvet. Payan. Ro.....

En el sitio que debian ocupar las últimas letras del nombre de Robespierre habia una gran mancha de sangre. En el momento en que iba á escribir su nombre, fué sorprendido Robespierre por la catástrofe ocasionada por una bala de pistola enemiga, que enemiga debió de ser, pues en aquel momento Robespierre no tenia motivo alguno para atentar contra

(1) D'Hericault, pág. 484.

(2) Así lo deduce con razon Lescure: *Bibliothèque des Mémoires*, XXIX, págs. 330-331, nota.

(3) *Le neuf Thermidor. Fragments des mémoires de Barras*, en la obra de Lescure: *Bibliothèque des Mémoires*, XXIX, pág. 301.

su existencia. El hecho ocurrió del modo siguiente, segun las narraciones que merecen mas crédito (4).

A consecuencia de la violenta tempestad que se desencadenó á media noche, la espesa masa humana que formaba un poderoso escudo delante de las Casas Consistoriales se habia dispersado: los jacobinos habian ido á acostarse para volver á la mañana siguiente en mayor número y con mayor energía. La entrada del edificio, lo propio que la escalera principal y los pasillos interiores, estaban casi sin defensa alguna abandonados á un atrevido golpe de mano: Leonardo Bourdon aprovechó aquel momento para penetrar en las Casas Consistoriales seguido del gendarme Carlos Andrés Meda (5)

(4) Hamel: *Robespierre*, III, págs. 789-795: en esta obra se hace una excelente critica de la memoria del gendarme Meda.

(5) Así se llamó despues. Hamel (*Robespierre*, III, pág. 791) le denomina Merda y hace la siguiente advertencia: «Tal era su verdadero nombre, que por eufonismo trocó por el de Meda. Tenia un hermano que murió siendo jefe de batallon y que conservó siempre su nombre patronímico, que fué el que sirvió para liquidar la pension de la viuda.» (Datos proporcionados por el ministerio de la Guerra.) Contra la opinion por algunos sostenida de que Robespierre quiso suicidarse, opinion que no siguen ni Michelet ni L. Blanc, observa Hamel, 1.º: que

y de un numeroso grupo de granaderos. Abierta la puerta del salon, Bourdon señaló al gendarme que le acompañaba á Robespierre, que estaba sentado junto á una mesa, y un certero disparo de la pistola de Meda atravesó la mejilla de aquel, destrozándole la mandíbula. En el mismo momento en que sonó el tiro, los granaderos penetraron en el salon para apoderarse de todos cuantos en él se encontraban con vida. Lebas se refugió en un salon contiguo, en el cual tenia sus armas la comision ejecutiva, y con una de las pistolas que allí habia, se disparó un tiro en la cabeza. Agustín Robespierre se arrojó por una ventana, y fué detenido en el último peldaño de la escalera principal, cubierto de sangre pero vivo todavía. El débil Couthon, contra el cual habia disparado tambien Meda sin tocarle, se cayó en una de las escaleras, causándose una grave herida en la cabeza. Henriot fué encontrado muchas horas despues en un pequeño patio del edificio, cubierto de heridas. Unicamente Saint-Just fué cogido sano y salvo.

Apenas realizado este golpe de mano, dirigióse Bourdon apresuradamente á la Convencion, que le saludó con entusiasmo y á la cual dijo: «Estos valientes gendarmes que aquí veis no me han abandonado y han dado muerte á dos de los conspiradores: pido que el presidente dé el beso fraternal á este bravo gendarme.» El presidente accedió á este deseo en

Robespierre no podia pensar en suicidarse en un momento en que todo iba tan bien, que se habia por fin decidido á firmar la proclama en que excitaba á la seccion de las picas á rebelarse contra la Convencion; 2.º: para decidirle á tomar tan desesperada resolucion, era por lo menos preciso que la invasion de la «thorda convencional» hubiera precedido al pistoletazo, lo cual no fué así, como lo prueba Hamel, tomándolo de la obra no impresa todavía: *Rapport des employés au secretariat. (Piece de la collection Bouchot)*; 3.º: los caracteres que segun declaracion de los médicos ofrecia la herida de Robespierre. En la «Relacion de los oficiales de sanidad sobre la curacion de las heridas de Robespierre el mayor», *Hist. parl.*, XXXIV, pág. 91, se dice que la direccion del tiro era oblicua de fuera á dentro, y de izquierda á derecha, y de arriba abajo; y con razon pregunta Hamel: «¿Puede concebirse que un hombre que quisiera suicidarse se disparase un pistoletazo de izquierda á derecha y de arriba abajo? Esto es sencillamente imposible, mientras que, por el contrario, el golpe puede explicarse naturalmente por la posicion del asesino disparando de pié sobre Maximiliano, que estaba sentado y presentaba su perfil á la izquierda.»

medio de estrepitosos aplausos y perpetuó el nombre de aquel distinguido jóven, por haber acordado la Convencion que con las alabanzas debidas fuese consignado en el acta (1); además se acordó recomendarle para una recompensa á la comision de Salvacion pública. Los dos Robespierre, Saint-Just y Couthon, juntamente con Henriot, Dumas, Payan, Vivier, el zapatero Simon, el alcalde Lescot-Fleuriot y otros muchos proscritos, en total veintiuno (2), fueron llevados el dia 10 thermidor ante el tribunal revolucionario, y despues de probada su identidad conducidos sin mas procedimiento, por ser proscritos, á la guillotina. Igual suerte sufrieron al siguiente dia otros setenta y al otro doce individuos de la conspiracion de la *Commune*. El dia 14 thermidor (1.º de agosto de 1794) la Convencion quitó toda fuerza legal á la ley del 22 prairial, decretó una nueva organizacion para el tribunal revolucionario, y suspendió temporalmente las sesiones de este tribunal.

(1) Así se hizo. En el extracto del acta de la Convencion nacional, 9 y 10 thermidor (Lescure: *Bibliothèque*, XXIX, págs. 339-340), se le menciona por tres distintas veces y merece notarse que en aquella ocasion se le devolvió una pistola que habia sido hallada en las Casas Consistoriales. A pesar de que el presidente le denominó Meda, en el acta se escribió Meda. La recompensa consistió en otorgarle una plaza de subteniente en el quinto regimiento de cazadores de á caballo, que el agraciado consideró como un insulto al servicio prestado. El hecho habia sido muy agradable á los thermidorianos; pero el que lo habia realizado les molestaba tanto, que propalaron la fábula de que Robespierre se habia suicidado, fábula que, prescindiendo de toda otra consideracion, aparece imposible con solo tener en cuenta la direccion de la herida, de izquierda á derecha y de arriba abajo. Lescure dice con razon: «Les repugnaba confesar que Meda, inspirado, instado ó por lo menos guiado por ellos, habia ejecutado sumariamente á Robespierre; y que esta precipitacion odiosa para anticiparse á un proceso, á una sentencia, á una explosion, procedía del temor de que Robespierre hiciera revelaciones que pudieran comprometerles. En fin, era desagradable para su amor propio hacer constar que no eran ellos los primeros en haber llegado á las Casas Consistoriales, que no habian arrojado el peligro, las contingencias del primer choque, y que se habian dejado tomar la delantera por un subalterno, á quien el hecho de haber dado muerte á Robespierre elevaba á la categoria de autor principal y decisivo del drama.» *Bibliothèque des Mém.*, XXIX, Introduccion, pág. 38.

(2) Campardon: *Le tribunal révolutionnaire*, I, pág. 426.

LIBRO CUARTO

GUERRAS REVOLUCIONARIAS Y DICTADURA MILITAR

CAPITULO PRIMERO

EL GENERAL BUONAPARTE

Desde el año 1347, es decir, por espacio de cerca de cuatro siglos, la república de Génova habia hecho sentir á la isla de Córcega todo el peso opresor que los pueblos mercantiles suelen imponer á los países que explotan; pero en 1729 el pueblo en masa de toda la isla empuñó por vez primera las armas para rechazar los impuestos arbitrarios y conseguir que los corsos fuesen admitidos á los cargos políticos, militares y eclesiásticos, de los cuales estaban absolutamente excluidos. En la lucha, que desde entonces no cesó un momento, tuvieron los corsos un héroe nacional que atrajo sobre sí y sobre su causa la admiracion de la Europa entera: tal fué Pascual Paoli, que en 1755 fué reconocido por todos como general en jefe. Era este un hombre corpulento como los hunos, de bella y varonil fisonomía, y estaba dotado de todas las cualidades que pueden arrastrar y entusiasmar á gentes semi salvajes. Sus discursos tenian un poder mágico; era un hombre de Estado prudente y previsor, y un guerrero sin temor y sin mancha. Los genoveses al verse apurados demandaron la ayuda de los franceses, ayuda que obtuvieron, aunque les costó la pérdida de la isla. En virtud de un tratado que con la república de Génova firmó el duque de Choiseul en 7 de agosto de 1764, las fortalezas de San Florencio, de Calvi y de Ajaccio quedaron por espacio de cuatro años en poder de los franceses; y el estado de cosas que entonces se creó fué tan incómodo para los genoveses, que se dieron por muy satisfechos cuando en 1768 el duque de Choiseul les propuso un nuevo tratado, por el cual la Francia se obligaba á dominar la isla con la fuerza de las armas y á conservarla en su poder hasta que Génova hubiese pagado á los franceses los gastos de la guerra. Este tratado, firmado el dia 15 de mayo, velaba la cesion de la isla á Francia de un modo tal que los genoveses, por un lado, no tenian que sufrir una humillacion pública, y por otra parte quedaban acallados los recelos de las potencias marítimas Inglaterra y Holanda. En el mismo dia 22 de mayo de 1768, fecha en que los franceses, recientemente desembarcados en Ajaccio, izaron allí el pabellon francés, una gran consulta celebrada por los corsos en Corte acordó declarar la guerra á la Francia. Esta lucha terminó con su completa derrota. El general de Vaux invadió con treinta mil hombres (1769) todos los puertos de la isla y ordenó luego que las tropas se dirigieran al interior por tres distintos caminos. Luego que el cuerpo de ejército que él mandaba se hubo reunido en Corte con

los otros dos, desapareció toda resistencia seria y los habitantes que á su paso encontraron los franceses al avanzar hácia el sur de la isla, no fueron ya combatientes, sino fugitivos que solo pensaban en su salvacion (1). Entre ellos estaba Paoli, el cual, en la noche del 12 al 13 de junio, se embarcó en Porto-Vecchio en un buque inglés, en el cual logró llegar felizmente á Lóndres. Hacia veinte años que vivia allí, disfrutando de los placeres que le proporcionaba la rica pension que recibia, cuando en 12 de junio de 1789 llegó á sus manos, procedente de la ciudad francesa de Auxonne, una carta de un jóven corso concebida en los siguientes términos: «Nací cuando pereció la patria: treinta mil franceses vomitados sobre nuestras costas mancharon el trono de nuestra libertad con torrentes de sangre: tal fué el abominable espectáculo que sorprendió mis primeras miradas; el grito del moribundo, el lamento del oprimido, las lágrimas de la desesperacion rodearon mi cuna desde mi nacimiento.» El jóven corso que escribia esta carta se llamaba Napoleón Buonaparte y no tenia entonces mas ambicion que liberar á su patria de la dominacion extranjera, es decir, de la francesa, y llegar á ser, como Paoli, el héroe de la libertad de su pueblo (2).

«Haré á los franceses todo el mal que pueda,» tal fué el juramento que, segun atestigua su condiscípulo Bourrienne, solia murmurar en la academia; y eso que figuraba en el número de aquellos corsos que ningun motivo de queja tenian contra Francia. «Abandonasteis nuestra isla, seguia diciendo

(1) Jobez: *La France sous Louis XV*, tomo VI, págs. 305-341.

(2) Segun opinion general, nació en 15 de agosto del año 1769. El citado párrafo de la carta es una prueba de que probablemente no vino al mundo en 1769 sino en 1768, al comenzar el año que vomitó los 30,000 franceses sobre Córcega. T. Jung (en su obra: *Buonaparte et son temps, 1769-1799. D'après les documents inédits*, Paris, 1880, tomo I, pág. 39) ha aducido una porcion de argumentos en demostracion de que Napoleón nació en 7 de enero de 1768, en Corte, y de que su fe de bautismo, que evidentemente es de esta fecha, fué cambiada por la de su hermano José (15 de agosto de 1769) para que Napoleón pudiese entrar en una escuela militar francesa, en la cual no podían ingresar los que tenian diez años cumplidos. Es un hecho sorprendente que los Buonapartes, cuando fueron poder, hicieran desaparecer en Marsella, Ajaccio, Bastia y Corte todos los papeles que á ellos se referian; que de los libros de nacimientos de las iglesias de Ajaccio faltan algunas hojas, y que la comision encargada de publicar la *Correspondencia de Napoleón I*, nada dijera acerca de la época corsa de la vida del emperador: para ella la vida de Napoleón comienza en Tolon. En la fe de bautismo que con motivo de su casamiento presentó Napoleón en 9 de marzo de 1795 al funcionario del segundo distrito municipal del canton de Paris, estaba escrita con letras, como fecha de su nacimiento, la de 5 de febrero de 1768. Véase la copia de la partida matrimonial en Jung, III, pág. 124.